

LA HEROICA MUERTE DEL ARTILLERO DE 1.^A DE LA ARMADA ENRIQUE PITA FERNÁNDEZ A BORDO DEL *VIZCAYA* EN EL COMBATE DE SANTIAGO DE CUBA

Juan ESCRIGAS RODRÍGUEZ



Introducción



LEVO muchos años recogiendo los pocos testimonios que aún quedan vivos de lo ocurrido en las jornadas del año 1898. En la mayoría de los casos, esta memoria la conservan hijos o nietos de los que allí lucharon; una vez que ellos desaparezcan, sus recuerdos y la tradición oral probablemente se perderán.

Esta situación me ha permitido ir conociendo a personas entrañables que me han ido contando la tradición oral de sus familias, que relatan lo que les sucedió a sus antepasados en la guerra. Así, he ido reconstruyendo algunas historias personales de los que regresaron o allí murieron, y que traigo a estas páginas.

Una de estas personas entrañables fue el teniente de Infantería de Marina Enrique Pita, con el que nos pusimos en contacto por medio de un librero ferrolano, amigo común. Enrique quería conocer cómo había muerto su abuelo, el artillero de 1.^a Enrique Pita Fernández. Tenía el recuerdo de que en un libro se narraba su muerte a bordo del *Vizcaya*, y la tradición familiar le decía que había muerto de forma heroica, y lo quería constatar.

Me puse a investigar, contactando con el Archivo de la Zona Marítima del Cantábrico y con el del Viso del Marqués, con la suerte de encontrar mucha información sobre la vida de su abuelo. También pude localizar el relato de lo sucedido en dos libros diferentes (1), que contenían básicamente la misma

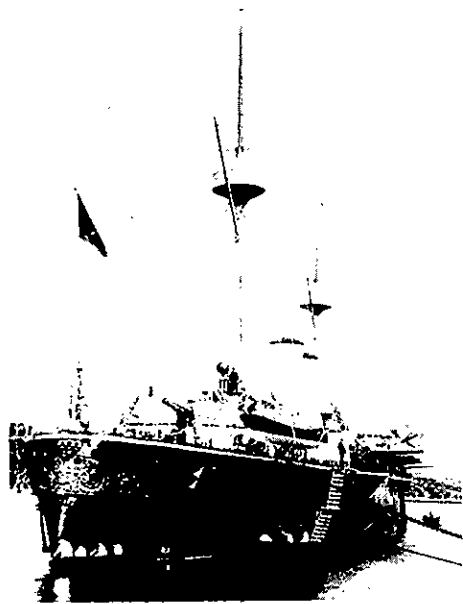
(1) BENÍTEZ FRANCÉS, Tomás: *El manuscrito de un combate, el 3 de julio desde el Vizcaya*. Ferrol, 1898. Ed. *El Correo Gallego*. EULATE, Carmen: *Eulate...* «Biblioteca de Camarote» de la REVISTA GENERAL DE MARINA.

información. Este artillero de 1.^a era uno de los numerosos héroes anónimos del combate de Santiago de Cuba. Además de la satisfacción personal de investigador, tuve la de amigo, al ver la alegría que el entrañable Enrique mostró al conocer los hechos; por fin, había reconstruido la historia de su antepasado.

En este artículo intento recuperar datos de algunos de esos héroes poco conocidos, y que sin lugar a dudas deberían ser recordados. Me ceñiré, a modo de ejemplo, a los que murieron en el *Vizcaya*. Para ello, me he permitido beber de las fuentes de mi buen amigo Ramón Lloréns Barber, tomando algunas referencias de su excelente artículo publicado ya hace cinco años en esta REVISTA sobre la dotación del citado buque (2).

El *Vizcaya* en 1898

Para ver el esfuerzo que tuvieron que hacer estas dotaciones, seguiremos las vicisitudes que tuvo el buque en su último año de vida. En junio de 1897 el *Vizcaya* acudió a la revista naval celebrada por el 60 aniversario del reinado de Victoria de Inglaterra.

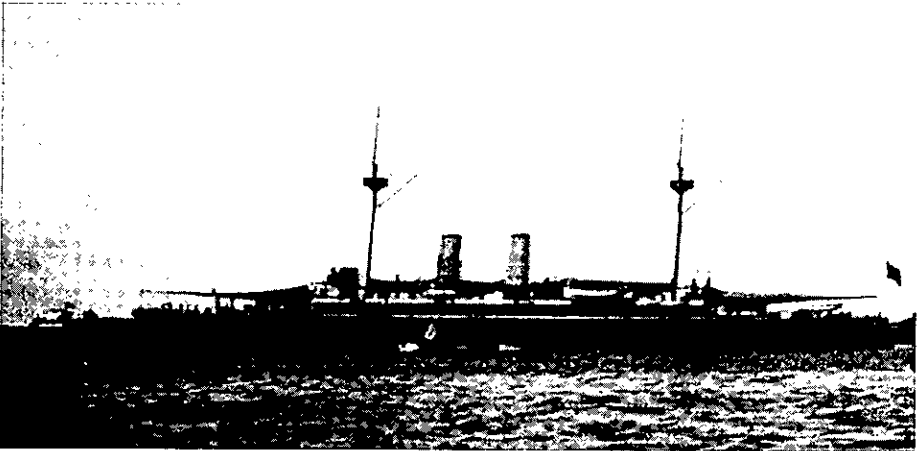


El *Vizcaya*. (Foto: colección del autor).

A su regreso a Ferrol, comenzó una frenética actividad en el arsenal para poner a punto los buques de la escuadra. El 19 de agosto salió la escuadra de Ferrol con rumbo a La Coruña, donde permanecieron del 19 a 30 de agosto, entrando el 31 en Marín. El 5 de septiembre fondeó la escuadra en Vigo, saliendo el 10 con rumbo a Lisboa para asistir a la inauguración de la Exposición Marítima de Estoril. Sería la última vez que los buques tocarían puertos gallegos. Muchas familias no volverían a ver a sus seres queridos, a pesar de que el fin de la Escuadra llegaría casi un año después.

Entraron en la capital portuguesa el 11 de septiembre y se reunieron

(2) LLORÉNS BARBER, Ramón: *Las dotaciones de los seis buques de la Escuadra de Cervera en 1898: relación del personal del Vizcaya*. REVISTA GENERAL DE MARINA, diciembre de 1898.



El *Vizcaya* fondeado en La Coruña en agosto de 1897.
(Foto: colección del alférez de navío Rey Mora).

con el crucero *Colón*. De Lisboa se salió el 21, fondeándose en Cádiz el día 23 de septiembre, partiendo para efectuar ejercicios en Santa Pola y Alicante, de donde salieron el 23 de diciembre, entrando posteriormente en Cartagena.

La ciudad Departamental se encontraba en plena actividad, tratando de finalizar el pertrechado y armamento de la Escuadra de Cervera. Formaban la escuadra fondeada en Cartagena el *Oquendo*, *Infanta María Teresa*, *Vizcaya*, *Destructor*, *Terror*, *Furor* y, de forma momentánea, el *Alfonso XIII*.

A finales del mes de enero, el *Teresa* y *Oquendo* atracaron en el arsenal con objeto de entrar en dique y limpiar fondos, mientras que el *Vizcaya* permaneció amarrado en el muelle de Santa Lucía. El día 31 de enero, y después de llevar un año, la insignia se arría del *Vizcaya*, que había recibido la orden de partir hacia Nueva York para devolver la visita del *Maine* a La Habana.

Tras un viaje poco placentero por el tiempo, entraron el 20 de febrero en Nueva York. El 25 de ese mismo mes, y debido al ambiente poco propicio creado por la voladura del buque americano, abandona el *Vizcaya* esta ciudad, para fondear en La Habana el día 1 de marzo, lugar donde se encontraba ya el *Oquendo*.

Este episodio lo reproduce, con gran belleza, el artillero de 1.ª Tomás Benítez Francés (3), en su obra *El manuscrito de un combate, el 3 de julio desde el Vizcaya*, que narra la entrada del *Vizcaya* en La Habana, antes de reunirse la escuadra de Cervera en Cabo Verde.

(3) BENÍTEZ FRANCÉS, Tomás: *El manuscrito de un combate, el 3 de julio desde el Vizcaya*. Ferrol, 1898. Ed. *El Correo Gallego*.

El 1 de abril, salió el buque a la mar junto al *Oquendo*, arrumbando a Puerto Rico, donde entraron el 4 de abril; de allí salieron el 11 de abril para Cabo Verde, donde llegaron el 19 con objeto de reunirse con el resto de la escuadra de Cervera. El buque cambió su aspecto siendo pintado de negro.

De aquí partieron rumbo a las Antillas, tocando Martinica y Curaçao, entrando en Santiago de Cuba el 19 de mayo. La escuadra de Cervera estaba formada por los cruceros *Infanta María Teresa*, *Colón*, *Oquendo* y *Vizcaya* y los destructores *Furor* y *Plutón*.

El *Infanta María Teresa* y el *Oquendo* tomaron directamente el muelle. El día 24 de mayo ya se distinguieron los buques americanos que posteriormente formarían parte del bloqueo, haciendo el *Plutón* una descubierta. Tras el desembarco de los americanos y la posterior defensa de Santiago de Cuba en la que participaron los marineros de la escuadra, el general Blanco decreta la salida a la mar de nuestra escuadra el 3 de julio de 1898. El resultado no se hace esperar, y no fue otro que la pérdida de todos los buques que componían la escuadra.

El combate

Para relatar los sucesos, nada mejor que el parte de campaña dado por Eulate sobre la jornada del 3 de julio:

«Excmo Sr.: En cumplimiento de las órdenes recibidas de V. E., en la mañana del día 2 del presente, procuré alistar el buque para poder salir a las cuatro de la tarde; pero como el reembarco de la primera compañía no empezó hasta esa hora, eran las seis y media cuándo el buque se encontró dispuesto para salir a la mar. En ese momento se arboló la bandera de combate por los oficiales, a quienes arengué con el recuerdo de las obligaciones que impone la ordenanza y los actos heroicos realizados por nuestros predecesores en esta honrosa carrera. Seguidamente precedida de un Exordio, recibimos de rodillas la bendición del padre capellán. Con la bandera arbolada esperamos las últimas órdenes de V. E., y a las 9 de la mañana del día siguiente 3, estaba el buque listo para seguir las aguas del buque insignia. A 09h. de tiempo verdadero se dio avante para seguir al *Teresa*, y a las 9 y 30, rebasada la punta de La Socapa, se dio toda fuerza y se gobernó de acuerdo con lo que Vuecencia se sirvió prevenirme de antemano. Desde este momento, Excelentísimo señor, se rompió el fuego contra los buques enemigos, que muy nutrido, en un principio, fue decreciendo en la batería de 14 cm por los defectos de sus cañones y cargas, de los que ya V. E. tiene conocimiento. A pesar de estos defectos, el entusiasmo y la inteligencia de los oficiales que las dirigían y la excelente disciplina de sus dotaciones, hicieron que, en las dos y media horas que duró el combate, dispararan los de la banda de babor 150 tiros, habiendo hecho el

que más 40 disparos y de 25 para arriba las demás, a excepción de uno que sólo pudo hacer ocho. Las averías de estos cañones fueron muchas, pero muy especialmente las ya conocidas de escupir las agujas, no cerrarse el cierre y no entrar los proyectiles. Cañón hubo que para poder disparar su carga se tuvieron que probar hasta siete, y otro que pasó de las ocho y que entró en batería a fuerza de trabajo y golpes.

En la batería baja fue siempre el fuego muy nutrido en las dos primeras horas, pero después fue tal el número de proyectiles enemigos que entraron e hicieron averías en las piezas de barlofuego, osea de babor, que todas quedaron inútiles y la mayor parte desmontadas.

El número de bajas en la batería alta fue tal, que cuándo disparaba uno de los cañones, ya no había gente que los cubriera; y en la batería baja llegó un momento en que por no haber sirvientes ni conductores para los cañones, hubo necesidad de disminuir la que se dedicaba a extinguir los continuos incendios que se desarrollaban, causa que, unida a que la tubería de contraincendios quedó inútil por los tiros enemigos, hizo que aquellos tomasen tal incremento que no fuese posible el extinguirlos. Se puede asegurar que el número de víctimas de ambas baterías era a las dos horas de empezar el combate, de 70 a 80, en su mayoría muertos, y entre ellos el comandante de la baja el teniente de navío D. Julián Ristori y Torres, quien por su bravura merece un puesto de honor en los anales de la historia de nuestra Marina.

Por la valiente arremetida que al empezar el combate dio el buque insignia, no fuimos en un principio tan castigados de sus proyectiles, pues solamente dos de sus buques acorazados nos hacían fuego; pero en la segunda hora, ya fuimos el blanco de cuatro: el *Brooklyn* por babor, *Oregon* por la aleta de la misma banda, *Iowa* por las popa y el *New York* por la aleta de estribor, pero muy cerrado a la popa, de modo que solamente con el cañón de 28 cm. de esta extremidad se podía responder al *Iowa* y *New York*. Los cañones de reductos de estribor pudieron disparar contra el *New York* cuatro o cinco tiros el de proa y popa; pero como aquel buque, después de hacer fuego por su banda de babor, guiñaba a la de popa, resultaron muy inciertos.

Eran la 935 m. cuándo ya fuera del puerto y arrumbados a montar punta Cabrera, recibimos el primer tiro del enemigo, y a las 11h 50 m cuándo ya sin poder hacer fuego con ninguna de las piezas de babor, traté de probar si el *Brooklyn*, que era el que más nos acosaba por babor el que estaba más cerca, nos esperaba para arremeterle, y con dicho objetivo se guiñó a aquella banda; pero aquel barco hizo lo mismo, indicando que no quería emplear mas que su artillería. El que suscribe, herido en la cabeza y en la espalda, fue obligado a retirarse para ser curado, en estado casi exánime, por la pérdida de sangre, pero resignando el mando por el momento en el segundo comandante, con instrucciones claras y concretas para no rendir el barco y vararlo e incendiarlo antes de que aquello pudiera suceder. En la enfermería me encontré con el alférez de navío D. Luis Fajardo, que le estaban curando de una herida muy



Fotografía donde se ve la bahía de La Habana y el dique español a finales de 1898. El *Vizcaya* no pudo entrar en dique para limpiar fondos debido a que el ingeniero encargado no se responsabilizaba de su seguridad. (Foto: colección del autor).

grave en el brazo, y al preguntarle que tenía me dijo “que le habían herido en un brazo, pero que aún le quedaba uno para la Patria”.

Ya estancada la sangre de mis heridas, subí de nuevo al puente y vi que el segundo había ordenado arrumbar a la tierra para varar, pues no solamente no había cañones que pudiesen disparar y un incendio en la popa había tomado tal incremento que era imposible pensar en dominarlo, sino que vino a complicar más esta triste situación la iniciación de otro incendio en la plataforma de proa, producido por haber reventado un tubo de vapor y la explosión de una o varias calderas del grupo de proa. A pesar de que el segundo comandante capitán de fragata D. Manuel Roldán y Torres, había obrado de acuerdo con las instrucciones, y si cabe sin haberse excedido, reuní inmediatamente a los oficiales que estaban más próximos, entre ellos el teniente de navío de primera D. Enrique Capriles, y les pregunté si había alguno entre ellos que creyera se podía hacer más en defensa de la Patria y de nuestro Honor, y unánimemente respondieron que no cabía hacer más. Inmediatamente, para impedir que la bandera de combate pudiera servir de trofeo al enemigo, ordené al alférez de navío D. Luis Castro que izara otra y arriara aquella para ser quemada, operación que se efectuó con toda diligencia. A las 12h 15m y bajo un fuego nutridísimo de los cuatro acorazados ya dichos, varó el que fue crucero *Vizcaya* en los bajos del Aserradero y en condiciones que era imposible su salvamento, no sólo por la disposición del buque sobre los bajos y la

índole de éstos, sino que también sabía habían de explotar todos los pañoles, si bien dando tiempo para el salvamento, como sucedió. Varados, ordené al segundo comandante que dispusiera todo para un salvamento inmediato, y éste, con algunos oficiales, fueron a tratar de arriar botes; pero como me diese cuenta de que había sólo uno útil, dispuse que este fuese empleado con preferencia en transportar heridos y autoricé para que todo el que supiese nadar y tuviese salvavidas o algo que flotase lo suficiente para mantenerlo, pudiese echarse al agua y tratar de tomar los arrecifes del bajo que estaban a unos 90 metros de la proa. Este salvamento se hizo con todo orden a pesar del espectáculo imponente que presentaba el buque ardiendo, explotando los repuestos de artillería y fusil y elevándose las llamas por encima de las cofas y chimeneas y con las planchas del costado al rojo. En el último bote de heridos fui embarcado por el tercer comandante y oficiales y transportado a tierra, y allí me recogió un bote americano, que me condujo al *Iowa*, dándome cuenta después el segundo comandante de que a bordo no habían quedado mas que los muertos, pues el había dirigido el salvamento a popa de los que allí se habían refugiado a última hora y a quienes mando tirar al agua agarrados a cabos que preventivamente se habían amarrado con toda seguridad, y en esta disposición esperaron él y los demás a ser recogidos y que efectivamente lo fueron por el bote de a bordo. Excelentísimo Señor: el comportamiento del comandante, oficiales y dotación del *Iowa*, que fue el barco a que nos condujeron los botes americanos, fue en extremo delicado. Fui recibido con la guardia formada: al querer entregar mi sable y revólver a su comandante, no lo quiso recibir porque no me había rendido a su barco sino a cuatro acorazados y que no tenía derecho a él.

El comportamiento de los oficiales y dotación fue brillantísimo, y muchos hechos heroicos que se registraron serán motivo de recomendación especial si Vucencia en su día lo ordenase.

De los heridos conducidos al *Iowa*, murieron cinco al poco de llegar, y se hizo su entierro con los mismos honores que hacen los americanos con los suyos, formando la guardia y haciendo tres descargas de fusilería, entierro al que asistieron todos los prisioneros y que fue dirigido por el capellán que fue del *Vizcaya*.

Es todo cuanto tengo el honor de participar a V. E. al notificarle la pérdida de mi buque, en combate con cuatro muy superiores, sin que se haya arriado la bandera y sin que el enemigo haya posado su planta en él, ni aún para el salvamento, faltando a su dotación en el día de hoy 98 individuos.

Dios guarde a V. E. muchos años. En la mar, a bordo del vapor *San Luis*, prisionero de guerra, a 6 de julio de 1898. Antonio Eulate.»

Vemos cómo en el parte de campaña el capitán de navío Eulate nombra a una serie de oficiales, alférez de navío Fajardo, teniente de navío Ristori y alférez de navío Castro, que resaltaron por su comportamiento y heroicidad. Pero hubo muchos otros miembros de la dotación, algunos poco conocidos, que recordaremos a continuación.

Los héroes olvidados

Comenzaré relatando lo sucedido a dos insignes artilleros, el condestable de 3.^a Francisco Zaragoza y Such, y el abuelo de Enrique, el artillero de 1.^a Enrique Pita Fernández. Una de las últimas granadas americanas caídas a bordo reventó en las proximidades de una pieza, de la que era jefe Enrique, hiriendo de muerte a los dos y matando a un marinero con la pieza, que le perforó el corazón. A Enrique le mutiló una pierna, rompiéndola por el muslo; al condestable Zaragoza le destrozó el vientre, teniéndose que agarrar los intestinos con sus propias manos.

El condestable Zaragoza se dirigió por su propio pie hacia el puente, pidiendo un trozo de la bandera de combate para envolverse en él. Tomás Benítez nos cuenta lo que vio:

«Llevaronle a presencia de nuestro jefe, el tercer comandante y un oficial, diciéndole el segundo de éstos al primero:

—¡Mi comandante!, ¡aquí le traemos a V. un valiente; ha pedido un pedazo del pabellón para envolverse en él!

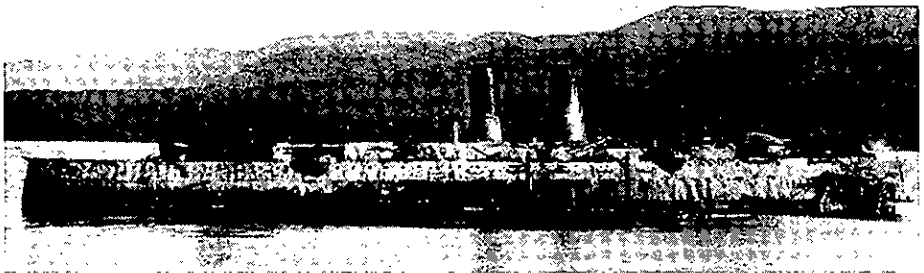
Nuestro Comandante accedió, hondamente conmovido por la súplica:

—¡Sí, que se lo den!, ¡pobrecito!

Inmediatamente se sacó de entre las llamas un pedazo, y el mismo herido, con un ansia y resignación admirables, se lo enrolló con sus propias manos en la cintura, empapándolo al poco rato en sangre.

No podía menos de concedérselo nuestro digno jefe. Era la última voluntad de un moribundo, de un héroe, de un valiente y de un mártir.»

Y continúa posteriormente el relato:



Restos del *Vizcaya* de la colección del autor.

«A los pocos momentos se levantó, poseído del delirio, exclamando a grandes voces:

—¡¡Muero mártir!! ¡¡Viva España!!

El referido condestable hacía un año que ostentaba el uniforme de tal. Procedía de la clase de cabos de cañón.»

El condestable Zaragoza recibió su justo premio, habiendo llevado su nombre dos buques de la Armada, primero un guardapesca y después un aljibe.

Otros quedaron en el anonimato. Éste es el caso de Enrique, muerto en la misma acción que Zaragoza. El artillero había nacido en Serantes en 1861. Estaba casado y tenía cuatro hijos. Ingresó en la Armada en 1881, pasando en 1892 al apostadero de La Habana. Durante esta etapa del servicio había embarcado en el *Navarra*, *Contramaestre*, *Magallanes*, *Jorge Juan* y en la *Numancia*, licenciándose en este último buque. Posteriormente, se volvió a reenganchar, embarcando en el *Vizcaya* como artillero de 1.^a. De su muerte, nada mejor que retomar el testimonio de Tomás Benítez, que vivió la escena:

«...debo hacer mención de otro héroe y valiente, que adornó con su también asombrosa resignación las páginas de la historia de la Marina, de cuya brillantez se nos presentan hartos ejemplos.

¿Queréis saber su nombre?

Pues bien; os lo voy a decir para que lo retengáis en vuestra memoria.

Era el artillero de mar de 1.^a Enrique Pita Fernández, que por su naturaleza honró a la digna región gallega, de la cual salieron otros héroes que por su valor atestiguan la valentía y pundonor de que siempre estuvieron poseídos sus hijos.

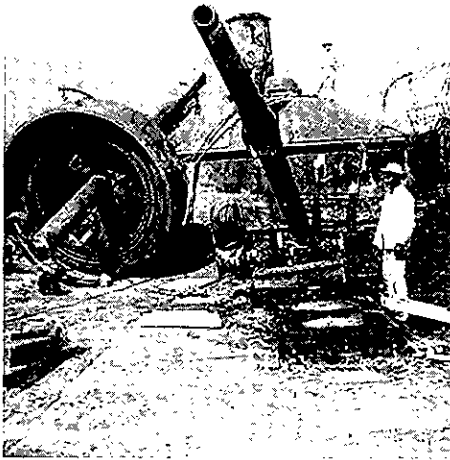
Mortalmente herido, como referí anteriormente, por la rotura de una pierna, yacía acostado en una camilla la que estaba empapando en sangre, y como aquella estaba próxima a una de las referidas escotillas, y le molestaba de gran manera el vapor que de ellas salía, ordenó nuestro tercer comandante el cambiarle de sitio, corriéndole más a popa.

El herido en cuestión se hallaba como aletargado, sin proferir la menor queja, pero al sentir que andaban con la expresada camilla en que estaba acostado, para obedecer la orden de nuestro digno jefe, salió de su letargo diciendo:

—¡¡Tener un poco de cuidado, no me lastiméis!!

El menor movimiento con él no tenía más remedio que producirle los más agudos dolores, pues tenía la pierna totalmente destrozada.

Al oírle nuestro referido jefe, le interrogó cariñosamente diciéndole:



Otro aspecto de los restos del *Vizcaya*.
(Foto: colección del autor).

—¿Te resientes mucho?
—No señor —contestó aquel—, no es gran cosa, pero al moverme me cuesta mucho.

Y como si quisiera poner fin a aquella conversación, dio aquel héroe, aquel mártir del deber, las siguientes exclamaciones con una valentía inexplicable:

—¡¡Viva la Virgen del Carmen!!
¡¡Viva la Marina Española!! ¡¡Viva España!!

A ellas le contestamos todos los que nos hallábamos en aquel lugar en unión de nuestro jefe.

Aquellas exclamaciones arrancaron de nuestros corazones lágrimas de dolor; es decir, iban acompañadas de unos sentimientos tales que mi pobre imaginación no puede describir, los sentí, sí, pero ésta se me ofusca, y sólo mi corazón es el que sostiene con mis ojos una lucha feroz: mas vence el primero y la sensibilidad deja en los segundos paso a un torrente de lágrimas en veneración a aquél mi heroico amigo y compañero, y mis labios se ven obligados a murmurar una oración por el eterno descanso de su alma.

Ya sé que vosotros no os olvidaréis de él, tampoco yo. Hoy el lo único que desde esta extraña tierra y en nuestro triste expatriamiento podemos hacer por él. Desde el cielo, desde el altar de los mártires, nos lo agradecerá...»

In memoriam

Creo de justicia haber consumido algunos minutos de su tiempo para recordar las acciones de nuestros antepasados. Sirva este relato como recuerdo y homenaje a los que, como el artillero de 1.º Enrique Pita Fernández, dieron su vida por España en 1898. Ni ellos ni sus familias recibieron el reconocimiento que sin duda merecieron.